

comprender que muchísimos de sus oraculismos iban á parar en sensualidad reservada y que en ambas el exceso de genio llegaba á veces hasta la locura, hasta la alucinación de grandeza, como cuando Betina exclamó: «¡A menudo pensaba yo que debía marchar al frente de los pueblos con la bandera desplegada!». O cuando Raquel escribió: «Tengo la poderosa fuerza de duplicarme sin confundirme. Así soy única como fenómeno más grande de esta tierra. El artista, el filósofo ó el poeta más grande no está por encima de mí. Somos del mismo elemento, del mismo rango y hacemos juego». Mucho más atractiva y grata que la aparición de estas dos «emancipadas» era ciertamente la virginal y modesta de la «última romántica» que al mismo tiempo ha sido la poetiza más grande que Alemania ha tenido hasta ahora, la aparición de Anita de Droste-Hülshof, de Westfalia (1797-1848). El romanticismo no pudo encontrar un final literario más digno que las poesías de Anita (1844), porque en ellas todo lo que era sano, bueno y grande en la escuela romántica, ha encontrado exproresión poética, pura, verdadera y en un lenguaje enérgico y vigoroso.



LA FIESTA DE LAS CAMARADERÍAS EN LA WARTBURG.

V.

Idealismo y materialismo.

Un poeta del tiempo de la guerra de la independencia, al final de la gran lucha ha expresado sus temores patrióticos en las siguientes tres estrofas:

«A qué alto cuerpo de héroe,
De jiganta llena de vigor,
Podrías tú, de débil mujer,
Crecer, Alemania, grande y fuerte.

Con tal que sobre el edificio de los miembros
Una cabeza guerrera,
Quisiera brotar otra vez
Como la que te robaron dormida.

Con tal que los miembros, los pequeños,
En vez de formar juntos un cuerpo
No quisiesen parecer cuerpos ellos mismos
O no fuesen hostiles al total.»

Y estos temores de que continuaría en Alemania el poli y micropolitismo se han realizado de la manera más triste. Las esperanzas que los alemanes habían puesto en su redención del napoleonismo fueron engañadas lastimosamente.

mente. La célebre proclama de Kalisch (marzo de 1813) que anunciaba la disolución de la alianza del Rhin y prometía la restauración de Alemania por medio de una constitución que «partiendo del espíritu propísimo del pueblo alemán presentara la nación más rejuvenecida, más vigorosa y más unida entre los pueblos de Europa,» resultaba ser una mentira socarrona. Lo que las espadas alemanas habían hecho bien en tantos campos de batalla, esparcidos desde el Katzbach hasta el Sena, y rociados de la mejor sangre alemana, lo echaron á perder las plumas de los diplomáticos, y no solamente las extranjeras sino también las propias. Prusia, que había hecho los más grandes sacrificios y contribuido más para sacudir el yugo francés, se vió abandonada y traicionada por sus propios «altos aliados». La Hofburg de Viena aliose con Inglaterra y la vencida Francia para frustrar las justas pretensiones de Prusia y Alemania. En el congreso de Viena donde, para escarnio de los indecibles sufrimientos que los pueblos habían pasado durante un cuarto de siglo, los «privilegiados» y su inmundo séquito se emborrachaban en toda clase de excesos y lujurias, llevaba la batuta uno de los enemigos más difamados de Alemania, el embajador de los Borbones, Talleyrand, inspirando de paso al canciller de la casa, córte y Estado austriacos, Metternich, el único pensamiento político que éste ha tenido jamás, la mala broma de la «legitimidad.» A duras penas vino al mundo en junio de 1815 el mónstruo de la confederación alemana y el «acta federal de Viena» era la confirmación formal del desmembramiento del pueblo alemán al interior y de su impotencia al exterior. Por todos los arreglos contra-liberales, reaccionarios, estériles del congreso de Viena, corría el azufrado hilo de la embustería romántica. La chochez de Estado «cristiano» que emitieron los románticos condujo á la solemne farsa de la llamada «santa alianza» (setiembre de 1815), para la cual, y esto es característico, el impulso inmediato partió de un filosofastro confuso y de una señora pasada de la cortesanía á la beatería. Las «resoluciones de Katzbach» (1819) y el «acta final de Viena» (1820) completaron para Alemania y los congresos de Aquisgran, Troppau, Laybach y Verona, para Europa, el sistema de una reacción y opresión tan estúpida como inhumana, que naturalmente se combinaba estrechísimamente con el restaurado «eclesiasticismo», concluyéndose con la curia romana unos «concordatos» que inspiraban al papado las esperanzas más temerarias y le alentaban á las extralimitaciones más descaradas. La restauración oficial (1814) de la orden de los jesuitas que desde el año 1773 había funcionado clandestinamente, fué acogida con júbilo por la sabiduría política del romanticismo. Los pueblos extenuados en extremo y amordazados, aguantaron todo esto una temporada. Alemania, políticamente hablando, no era más que un «término geográfico», como había decretado el señor de Metternich. La juventud alemana en la que continuaban los sentimientos y esperanzas de las guerras de la independencia y que en las universidades había formado «camaraderías» para cultivar y mantener vivo el pensamiento de la unidad y libertad de Alemania en formas á veces bastante raras (fiesta de Wartburgo, 1817) y mediante extralimitaciones desacertadas (asesinato de Kotzebue por Luis Sand, 1819) rechazaba ese decreto; pero los

estudiantes y gimnastas de sentimientos negro-encarnado-dorados, tuvieron que expiar cruelmente sus ensueños patrióticos, viviendo todavía el triste recuerdo de la corrida que se hacía contra ellos. Prusia, gobernada por nada más que medianías y conducida sin propia voluntad en los andaderos del metternichismo, llevó á cabo esta corrida con mucho afán por medio de sus Kamptz, Schnaltz y Tzschoppe.

Ciertamente la revolución francesa de julio de 1830 propagó sus ondulaciones allende el Rhin, pero los súbditos de los estados y estaditos alemanes, estaban tan amansados por los quince años de gobierno polizontesco, que los más adelantados no alcanzaron á más que á manifestaciones insignificantes ó verdaderamente tontas (la fiesta de Hambach, 1832, el atentado de Francfort, 1833), y á revolucioncitas como las de Cassel y Brunswick. El constitucionalismo como se había establecido desde 1816 en los estados pequeños y medianos de Alemania, no era más que apariencia engañadora ni podía ser otra cosa en vista del absolutismo que reinaba en Viena y Berlín, y por lo tanto también en la dieta federal de Francfort. Pero el temor al pueblo hacía tener inconveniente hasta en esta apariencia constitucional y por esto le fué aplicada una sordina por medio de la famosa «conferencia de ministros» de Viena, de 1834, que convertía en cáscaras vacías las formas y fórmulas constitucionales y parlamentarias de los estados medianos y pequeños. Como primeros y pálidos albores de un porvenir más risueño, podía considerarse el que el soñoliento gobierno de Federico Guillermo III parecía por fin acordarse otra vez de la «misión alemana» de Prusia, atreviéndose á deshacerse de los andaderos de la cancillería de Viena, lo suficiente para fundar la unión de aduanas prusiano-alemana (1828-1834) y encaminando así la unidad nacional, por lo ménos en el terreno material que no carece de importancia, sino al contrario es siempre el primero y el último.

Los ideales de la nación brutalmente separada de la participación de la vida política se retiraron á los estudios de los eruditos, á las aulas de las universidades, á las guardillas de los poetas, á los talleres de los artistas, mientras que en el pueblo encontraron muchos partidarios los que aconsejaban buscar en la religión un consuelo por los sufrimientos, desengaños y desalientos de la época. El catolicismo había sido refrescado y robustecido por el romanticismo, y el protestantismo si no quería rendirse á Roma, había de reanimarse también con nuevo celo «por el reino de Dios». A consecuencia de esto paliaban cada vez más, apagándose finalmente por completo, los rayos de luz que la despreocupación había arrojado en las iglesias alemanas. La obcecación de los gobiernos favorecía la importancia del moderno ultramontanismo de Francia, donde se había desarrollado sistemáticamente como reacción contra las saturnales ateistas del terrorismo. El poderío á que había llegado en Alemania la doctrina y práctica durante la época de la restauración, lo mostraron terriblemente las reprimendas y malos tratos que recibieron por parte de la Sede romana los prelados y eruditos alemanes que, como buenos católicos, osaban defender los derechos del corazón, como el dulce Sailer, ó los del pueblo, como el patriótico Wesselberg, ó los de la razón, como el ra-

cionalista Hermes, contra la tiranía del jesuitismo. La ortodoxia nuevamente consolidada y henchida de feroz fanatismo, producía, tanto en el catolicismo como en el protestantismo, los frutos correspondientes, frutos que se diferenciaban solamente en cantidad, no en calidad, de los de la barbarie ortodoxa de la Edad media, los asesinatos de herejes, brujas y judíos. Especialmente el dogma ortodoxo del sacrificio cruento, hacía estragos terribles en la imaginación popular felizmente reofuscada. En una aldea austriaca cerca de Linz unos católicos fanatizados degollaron en viernes santo de 1817 una joven para que con su sangre redimiera á los suyos, como Cristo había hecho antes. Seis años más tarde, en marzo de 1823, en una casa labriega protestante de Wildisbuch, en el cantón de Zurich, fué puesta en escena una representación religiosa, inaudita y horripilante, la crucifixión de la «salvadora» Margarita Peter, como acto final de un drama pietista que recuerda la terrible palabra pronunciada por el piadoso Novalis: «Es bastante extraño que la asociación de religión, voluptuosidad y crueldad no haya llamado la atención de los hombres desde há mucho tiempo sobre su íntima afinidad y su tendencia común.»

Mientras así en los círculos populares se tomaba «en serio», la religión refortalezida obrando semejantes «milagros», el «despertamiento» exagerado hasta la acaloración, en el seno de la ciencia alemana, un hombre de muchísimo talento y buen patriota, Schleiermacher, había emprendido la tarea de encontrar una conciliación entre la fé y la ciencia, el dogma y la razón, la teología y la filosofía, ó si no la encontrara de crearla el mismo («hacer un velo para cubrir la desnudez de la verdad es el oficio de discretos teólogos») por medio de su *Doctrina cristiana* (1821). Esta empresa idealista produjo el resultado que semejantes empresas suelen producir, es decir, Schleiermacher, con su *Teoría de conciliación* tibia, no convenció sino á los que ya estaban convencidos antes. De una manera más despreocupada, atrevida é independiente que la teología, podía proceder la filosofía, habiendo encontrado en Jorge Guillermo Federico Hegel, de Stuttgart (1770-1831), un representante que fué para la primera mitad del siglo XIX lo que Kant había sido para la segunda mitad del XVIII, es decir, el sistematizador científico de la conciencia de la época. El credo de Hegel es el idealismo absoluto. Admite como tarea suprema de la razón la abolición de los contrastes de espíritu y sensualidad, inteligencia y naturaleza, yo y mundo, sujeto y objeto, en la unidad del ser que lo comprende todo, de lo «absoluto». Pero este absoluto no es una unidad rígida y tranquilamente persistente, sino un proceso sin principio ni fin, un movimiento eternamente progresivo mediante el cual el pensamiento sustancial, impersonal, infinito, incondicional, activo según sus propias leyes y formas, representa y realiza su contenido ideal en la forma de la vida exterior y de la existencia inmediata. La idea absoluta llegada de esta manera á comprenderse á sí misma ó sea la razón, es 1.º la idea abstracta puramente lógica, 2.º la naturaleza, 3.º el espíritu. Por consiguiente la filosofía se divide en lógica, filosofía natural y filosofía espiritual. El espíritu es la «idea que se ha recobrado», el «pensamiento consciente de sí mismo.» Como tal revélase subjetivamente como conocimiento y voluntad, objetivamente como derecho mo-

ral y Estado, absolutamente como belleza, como arte que empieza con la arquitectura y al través de la escultura, pintura y música alcanza su perfección en la poesía, como religión que es la conciliación de lo finito con lo infinito, la unidad de lo divino y de lo humano. Si después el espíritu rompe la forma de la idea religiosa se convierte en «filosofía absoluta», que es el pensamiento que se conoce á sí mismo como verdad entera que crea de sí todo el universo natural y espiritual. En sus explicaciones de la forma fenomenal objetiva del espíritu, Hegel acentúa solemnemente la santidad del matrimonio y de la familia, y se inclina á la concepción antigua del Estado, sacrificando el libre movimiento de la personalidad á la idea de la omnipotencia del Estado. Como forma de Estado prefiere á todas las demás la monarquía constitucional en la que el rey representa el puntito sobre la «i». Con todo, las opiniones políticas del «real filósofo prusiano oficial», Hegel, quien emprendió también la justificación de las «Resoluciones de Karlsbad.» son tan veladas y enclausuladas, que el absolutismo ó á lo ménos el burocratismo podía apoyarse en él lo mismo que el liberalismo, que evidentemente bajo el influjo de la filosofía hegeliana formuló su doctrina muy circunstanciadamente en el *Lexicón de Estado* (Diccionario de ciencias políticas) redactado por Rotteck y Welcker, el cual ha sido considerado mucho tiempo por los liberales alemanes como especie de biblia política. La importancia civilizadora de Hegel para su propio país y para todo el mundo civilizado, descansaba en que conceptuaba la razón como la verdadera esencia de todo ser, é introdujo metódicamente la libre conciencia de la razón universal en toda la extensión de la ciencia. Sabido es que resumió su sistema en la siguiente proclama de la soberanía absoluta de la razón: «Todo lo real es racional, y todo lo racional es verdaderamente positivo.» Sobre esta tesis levántase su sistema (flaco y defectuoso solamente cuando hace concesiones á lo existente en la Iglesia y el Estado) con lógica consecuencia, formando un arsenal que ha suministrado las armas más aceradas á la crítica destructiva y desescombradora.

Tres grandes críticos han sacado sus armas del arsenal del hegelianismo: David Federico Strauss, quien, procedente de la «escuela turingia» del gran teólogo de pelea, Cristiano Baur, socavó los fundamentos del cristianismo clerical con su *Vida de Jesús* (1835) recibido con estrepitoso clamoreo por los círculos teológicos; Luis Feuerbach, quien con su *Naturaleza del cristianismo* (1841) resolvió la dogmática cristiana en mitología, y la teología en antropología (en el fondo nada más que una larga circunlocución del breve dicho antiguo: «Tal hombre tal dios»); y Arnoldo Ruge, quien como principal gallo de pelea del periódico muy eficaz *Anales de Halle*, descubrió lo hueco y mentiroso del romanticismo y aplicó á los problemas y hechos de la política la escala de una crítica filosófica radical. La «razón absoluta» en la manera de presentarse como crítica soberana no se ha comportado siempre muy razonablemente. Si por ejemplo Strauss en su testamento de escritor «*La fé antigua y moderna* 1873) opinaba que en las masas la noción de Dios pudiera reemplazarse algún día por la idea de humanidad, la religión por la estética, la mitología por la ciencia natural, la misa, etc., por el goce artístico, probaba

con esto que no era más que un sabio de gabinete que durante toda su vida había evitado cuidadosamente todo contacto con el pueblo y conocía el mundo sólo por los libros. Y si el mismo crítico creía haber encontrado en la monarquía lo «místico» que no le había sido halladero en la religión, permanecía fiel á su papel, él que había arremetido valerosamente contra las «potencias celestes» inclinándose en cambio respetuosamente ante los potentados terrestres. El hecho es que la vanidad humana que «se entiende á sí misma» y se deifica, sabe adelantar más en la comprometida guerra contra aquellas que en la peligrosa lucha contra éstos.

El idealismo optimista de Hegel considerado como filosofía de moda tuvo que ceder el puesto desde mediados del siglo XIX al idealismo pesimista procla-



SCHOPENHAUER.

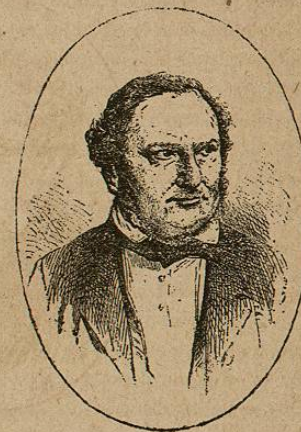
mado por Arturo Schopenhauer (1768-1860). Este Buda alemán con, el cual la filosofía ha llegado sin duda á una etapa importante, escribió su obra principal (*El mundo como voluntad é idea*) como todos sus libros en un estilo florido, claro y elegante que forma un contraste muy agradable con el hegelianismo, es decir, la gerigonización del alemán, y dá la prueba que no es preciso ser oscuro para ser profundo. La filosofía de Schopenhauer invierte el conocido axioma de Hegel en el contrario: «Todo lo existente es irracional y todo lo racional carece de realidad», varía con mucho talento y rico saber la antiquísima máxima india: «Vivir es sufrir» y encuentra como última conclusión de la sabiduría lo que el hebreo Koheleth ya había encontrado también: «Todo lo que hay no es nada». Los temores que algunos han expresado de las «destructoras consecuencias morales y políticas» de este pesimismo son muy ridículos. Todos los hombres de ingenio desde el principio han sido en el fondo pesimistas, pero el mundo no ha descarrilado por esto, porque la inmensa ma-

yoría de los hombres no ha tenido nunca ni tendrá jamás ganas ó tiempo de remontarse al idealismo pesimista, y ménos de ocuparse seriamente en la «negación de la voluntad para la vida.»

El movimiento científico de Alemania desde el principio del período de la restauración ha sido múltiple y perseverante; en todos los terrenos del saber trabajose con afán y fruto. La fertilización de la ciencia histórica por los estudios clásicos y germanistas produjo brillantes resultados. Leopoldo Ranke fundó la escuela histórica-diplomática, trabajó admirablemente como investigador de archivos, metodizó la manera de investigar y elevó como estilista historiador la historiografía alemana al grado de lisura marmórea, en la cual ciertamente muchas veces se echa ménos el pulso moral. Pertz, el bió-



LEOPOLDO RANKE.



GERVINUS.

grafo de Stein, dirigió la erección de la jigantea obra fuente «*Monumenta Germanie histórica*», la que debe atribuirse á la instigación de Stein. Todo un enjambre de historiadores de talento vino después á explorar y cultivar los campos de la historia antigua, media y moderna, propia y extraña, de tal manera, que la historiografía alemana ya no es inferior á ninguna otra y hasta, en cuanto al método, sirve de modelo á las demás. La historia de la literatura y del arte encontró también sus cultivadores ganando los premios mayores, Gervinus con su gran *Historia de la poesía alemana*, y Schnaasse, con su gran *Historia de las artes plásticas*. En la jurisprudencia colocáronse de frente la escuela llamada «histórica» fundada por Savigny, y la llamada «filosófica» capitaneada por Tibaut, sentando la primera la opinión que el derecho y la ley sólo podían resultar de la evolución histórica de la conciencia jurídica nacional, y defendiendo la segunda la idea que el derecho y la ley se desarro-

llan del espíritu vivo del pueblo y de la conciencia de la época. Andando el tiempo era cada vez más sentida la necesidad de una formulación científica de los principios económicos como habían hecho antes en Inglaterra y Francia el escosés Smith y el francés Say, notándose por cierto en esto lo perjudicial y obstructora que la falta de vida pública y la dificultad de la práctica industrial y comercial era también para la teoría económica. El primer profesor de economía política de Alemania que unió con profundo conocimiento de las condiciones reales, un espíritu original y un criterio propio, fué Federico List (nacido en 1781), cuyo sistema nacional de la economía política ha sido la base científica de todos los ensayos ejecutados después para resolver el gran problema de proteccionismo ó libre-cambio. A la discusión de las cuestiones económicas siguió el debate cada vez más empeñado aún en Alemania y allí más que en otras partes, de la cuestión «social» que, por lo demás, es tan antigua como la sociedad humana y no se resolverá jamás ni en el sentido de los soñadores bonachones ni en el de los calculadores bribones. Resultados mucho más grandes que en la economía política ha producido el poderoso movimiento del siglo XIX en las ciencias matemáticas y físicas. Los matemáticos y astrónomos como Gauss, Madler, Jacobini, Dirichlet y otros, por medio de sus investigaciones é invenciones ingeniosas han preparado y hecho posibles las maravillas de la mecánica moderna. Hombres como Oken y Liebig, abrieron muy meritoriamente la brillante retahila de descubridores, coleccionistas, ordenadores y explicadores que han glorificado el talento y el trabajo alemanes en la geología, geognosia, mineralogía, fisiología, zoología, física, química y botánica. Cual verdadero cosmopolita de la ciencia, Alejandro de Humboldt (1769-1859), abarcó en su mente las ciencias naturales, siendo más capaz que ningún otro para escribir un *Cosmos*, una historia universal de la naturaleza que se proponía el problema, y lo resolvió, de dominar con la idea la materia bruta de la observación empírica. El universalismo del clasicismo alemán fué también el que instigó al creador de la geografía comparada, Carlos Ritter (nacido en 1779) á trazar su grandioso cuadro de la superficie de la tierra. Para siempre debe contarse entre las mejores posesiones del pueblo alemán las conquistas de la investigación y exploración matemática y naturalística de los contemporáneos de Humboldt. Este, combinando con el sabio el hombre de mundo, ha hecho mucho con su palabra y su ejemplo para la combinación fructífera de la ciencia y de la vida, y ha favorecido grandemente la popularización de la ciencia de la naturaleza.

Con el llamamiento de Cornelius á Munich en 1825 empezó, como se ha dicho con razón, una era nueva del arte alemán. En la ciudad de Isar, donde Klenze construía y Schwaltaler esculpía, nació de la combinación del clasicismo y del romanticismo el estilo artístico alemán moderno como lo ha manejado Guillermo Kaulbach con sublime formalidad en sus grandiosas composiciones histórico-simbólicas y con agudeza satírica en sus humorísticas. ¿Quién no se ha deleitado en el *Reineke Fuchs*, ese triunfo del humor alemán? Otros géneros de la escuela de Munich han sido llevados á la perfección por Schwindt y Genelli, mientras que en la escuela de pintura de Dusseldorf, que

empezó á florecer en el mismo tiempo, Cárlos Federico Lessing se conquistó el primer puesto con sus historias (cuadros). Desde entonces se ha desarrollado el arte alemán en Munich y Düsseldorf, en Viena y Berlin, en Dresde y Francfort, en Stuttgart y Karlsruhe tan rica y múltiplemente en la arquitectura, la escultura y la pintura, las ciudades alemanas han sido exornadas con tantos edificios magníficos y tantas obras plásticas por arquitectos como Semper y Hansen, por escultores como Zumbusch y Schillings, que no suena como vana jactancia sino que es el certificado de un hecho incontestable la siguiente estrofa de Rückert:

«La raza alemana
Era grande desde el principio:
Primero, dique de la libertad,
Luego almena del poderío,
Finalmente por favor del cielo
A la cumbre de todo arte
Ha subido,
Para vencer también por el espíritu.»

La literatura nacional alemana del tercer y cuarto decenio estaba todavía fuertemente influida por el romanticismo, tanto, que este influjo se notó muy claramente aun en los principios de la llamada «Joven Alemania». Aun aquel poeta que efectuó primero decididamente el rompimiento con el romanticismo, el conde Augusto de Platen-Hallermünden, de Anspach, (de 1796-1835) ha fantaseado juvenil románticamente; pero después ha declarado la guerra al romanticismo en sus comedias literario-polémicas y ha reintroducido el espíritu liberal y humanista del clasicismo en su lírica rica en el contenido y bella en la forma. En Platen, presentose también ya en primer término la conexión inmediata de la poesía con las cuestiones y problemas que agitaban á los coetáneos, siendo el primero de los «líricos políticos» de Alemania. La política, el interés por los asuntos públicos, el tomar partido en favor ó en contra fué un motivo principal del movimiento literario ya desde las guerras de la independencia y más aun á partir del año 1830. La combinación de la crítica literaria con la política la verificó magistralmente Luis Börne (1786-1837) el adalid publicista del liberalismo alemán avanzado con ribetes de republicanism, quién gustaba más de enseñar que de ocultar entre las flores del humor el acerado filo de su palabra. En la producción más célebre de su periodistería, en las «Cartas de Paris,» ha lanzado contra Alemania, á la que profesaba un cariño rabioso, muchas incriminaciones graves y algunas injustas; pero en cambio ha dirigido á los franceses la orgullosa palabra: «La vida alemana se parece á un sublime paisaje alpestre; es grande, regia, corona de la tierra, fulgente con sus eternos glaciares.» Y el compañero de raza y edad y adversario de Börne, Enrique Heine, de Düsseldorf (1799-1856), ¿no ha colocado sobre la cabeza de su madre Germania después de colmarla de los más amargos sarcasmos, cada vez nuevas coronas, cuyas flores y follaje resplandecían del celeste rocío de la poesía? En Heine el romanticismo toca otra vez sus tonadas más